

La naturaleza como fuerza beneficiosa y positiva para los niños en su camino vital de desarrollo

Julia Håkansson y Sara De los Santos



Formamos parte de una organización de maestros de un jardín de infancia Steiner/Waldorf del sur de Suecia que trabaja con niños de entre 3 y 7 años. Situado en el campo, a las afueras de la ciudad y con vistas a una colina, nuestro jardín de infancia, construido expresamente como tal, se encuentra entre campos de caballos y ovejas, brezales rocosos y bosques. Tenemos gallinas y un conejo, de los que todos participamos en su cuidado, sin olvidar las numerosas criaturas pequeñas del interior de la tierra cuya presencia es inestimable para el trabajo del jardín.

Esto es sólo una muestra de cómo los dones de nuestro entorno natural inspiran y ayudan en nuestro trabajo en el jardín de infancia. El modo en que los cambios en el mundo natural se llevan como reflejo al entorno del jardín de infancia puede verse y sentirse en nuestro trabajo diario con los niños. A través de la repetición de actividades, fiestas y celebraciones, la formación de la vida diaria conjunta se convierte en un componente natural del ritmo recurrente que experimentamos en el jardín de infancia año tras año. La elección de centrarse en traer los elementos siempre cambiantes de las estaciones revela naturalmente cómo la naturaleza rítmica de estos cambios busca proporcionar influencias beneficiosas y positivas en el niño a lo largo de su camino de desarrollo a través de la vida.

Paseos entre árboles y gnomos

Los miércoles los niños pueden traer su propio almuerzo para llevar a un lugar cercano que nos gusta visitar. A menudo vamos al Viejo Roble, donde hemos creado nuestro propio lugar especial. Allí, junto con los niños, hemos cavado un pozo para una hoguera y lo hemos rodeado de piedras protectoras que los niños han encontrado entre la ladera rocosa y han trabajado valientemente para construir la chimenea. Ésta la utilizamos fielmente durante todo el año, en la que horneamos manzanas y pan de hoguera en palos encontrados y cuidadosamente tallados por los niños mayores para hacer el utensilio de cocina perfecto. Incluso conseguimos freír tortitas que los niños disfrutaban hambrientos con un poco de mermelada de otoño.





En los meses de invierno, después de contar el cuento de la sopa sobre un clavo, tan conocido por el grupo, hacemos nuestra propia sopa con verduras y clavo, para compartirla todos alrededor de la hoguera. Las madrigueras construidas por los niños con hojas, palos y musgo se encuentran a veces destrozadas por las tormentas de otoño y primavera, pero siempre son recompuestas por manos pequeñas pero persistentes.

Junto a una roca sobresaliente hay un oscuro bosquecillo donde, según se cree, vive una vieja bruja llamada Hia Hia. En el peor de los casos se sabe que es un poco gruñona, pero los niños pronto aprenden que no hay nada que temer, ya que nunca es antipática.

Los niños también saben que los trolls de piedra también tienen su casa junto al merendero. Es importante estar en buenos términos con estos nuestros vecinos. Cuando horneamos bollos, los niños salen a veces a recoger guijarros en el patio. Se convierten en ingredientes para los bollos de piedra quemados que los niños quieren ofrecer a la bruja y a los trolls de piedra. Los bollos se meten en cestas, que se colocan en la estantería de piedra junto al Viejo Roble. Los trolls no se atreven a salir hasta que ha caído la oscuridad, porque si se exponen a la luz del sol reventarán.

En otra parte pedregosa del bosque vive el dragón. Los niños han visto el humo, así que es así. En un viejo y nudoso roble hay una larga rama que se ha convertido en un columpio natural en el que pueden columpiarse hasta cuatro niños al mismo tiempo. El árbol es también excelente para trepar, para niños y maestros.

No cabe duda de que la naturaleza y sus fuerzas vitales contagian a los niños y sus juegos. En el exterior es habitual que se realicen obras de teatro en grupo en las que participan la mayoría de los niños. Se produce una sensación de armonía en el grupo de niños, y para nosotros los pedagogos es una oportunidad de oro para admirar la magia que los niños crean en sus obras. Con entusiasmo y mejillas sonrosadas, desaparecen en el mundo de la fantasía.



A finales de otoño y en invierno, cuando el viento del norte se esfuerza por derribar los cacharros de las chimeneas, las manos y los pies se enfrían cuando salimos de excursión. Pero al volver a la guardería, los niños encontrarán un fuego de bienvenida crepitando agradablemente. Y después de estar fuera en el frío, el calor de una piel de oveja para acurrucarse bajo su propia manta y almohada es una perspectiva de bienvenida para los niños, como lo es la tradición de los baños de pies y los masajes de pies cuidadosamente preparados por los maestros con lavanda calmante antes de instalarse para la hora del cuento y el descanso.

Los lunes es nuestro día de paseo

" Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete. Ahora todos caminamos hacia el bosque".

Después del fin de semana y de la transición de casa al ritmo de la semana del jardín de infancia, la rutina de un paseo proporciona un aterrizaje beneficioso. A menudo puede, tanto literal como metafóricamente, insuflarnos energía fresca, despejando nuestras cabezas para las actividades de la semana siguiente. Llevamos con nosotros en nuestros viajes nuestro té de la mañana y la merienda, que sabe especialmente bien después del paseo. Cuando terminamos el té, nos aseguramos de avisar a los gnomos antes de verter los restos del té en el suelo. Ahora estamos llenos y satisfechos, y la naturaleza nos invita a jugar y buscar aventuras.



Una de nuestras actividades favoritas en uno de nuestros largos paseos a un pequeño arroyo es intentar construir un puente para cruzarlo. Trabajamos juntos con diligencia llevando tabloncillos y piedras para hacerlo firme. Naturalmente, el profesor es el primero en comprobar que el puente es bueno y resistente y que se sostiene. Sólo una vez, en un día especialmente helado, no aguantó. Basta con decir que fue un despertar particularmente duro para el profesor y la fuente de mucha diversión en el grupo mucho después de que el evento había pasado.

Primavera

Con el regreso de la primavera llega la oportuna aparición del mundo de los insectos y los primeros avistamientos del año de la somnolienta y muy querida mariquita. Salen de los nidos de hierba seca del año pasado, que los niños construyeron espontáneamente en otoño con hojas, palos y musgo como acogedora cama para sus amigos insectos durante los meses de invierno.

Los animales, los duendes y los seres elementales que nos rodean en la naturaleza se reflejan en canciones y versos en nuestras reuniones diarias y estacionales y, naturalmente, en los cuentos que contamos. Esto, a su vez, se convierte en inspiración y alimento para el fértil mundo de fantasía interior de los niños. Y en palabras de la conocida autora infantil sueca Astrid Lindgren, "El día en que los seres humanos dejen de ser capaces de crear sus propias historias interiores, la humanidad será pobre".



La tarea del maestro y los regalos que recibimos

Dentro de la función del maestro está la importante tarea de ser una presencia activa alrededor de los niños, manteniendo una mirada vigilante para poder responder a las necesidades de los niños. Durante el juego libre, en el que los niños participan en actividades no dirigidas por adultos, los profesores que los rodean se dedican a un trabajo con propósito, sin dejar de ser accesibles a las necesidades de los niños.

Las tareas en el exterior pueden consistir en cortar leña, tender la ropa, tallar palos para asar, crear materiales de juego, cavar en busca de arcilla, renovar la arena en el foso, cuidar del gallinero y la jaula de los conejos, así como recoger hierbas y bayas para crear coronas y ensartar guirnaldas de serbal. En la mayoría de los casos (excluyendo el cortar la leña), las tareas que realizan los maestros son aptas para los niños y, por lo tanto, la ayuda siempre es bienvenida. Y así, en general, todas las tareas apelan al sentido natural de curiosidad del niño por su mundo y fomentan su interés por su propio trabajo.

Los niños responden al entorno externo a través de todos sus sentidos, con todo su ser, y experimentan la vida, con la seguridad de su entorno y con su atención al momento presente. Lo ideal para que el niño prospere es que se encuentre en un entorno saludable en el que la curiosidad innata del niño le impulse a salir de sí mismo hacia su entorno, que es percibido por todos sus sentidos.

A diferencia de cómo nosotros, como adultos, nos distraemos a menudo del presente por una llamada que hay que hacer o una cita que hay que cumplir, el niño está totalmente absorto por el descubrimiento y la experiencia del momento. Podríamos decir que vive realmente en el "aquí y ahora". Y el impulso del niño es conectar y comprometerse con la vida en el contexto del entorno que le rodea con todo su ser.

A través de un contexto social formado por un "tú", un "yo" y un "nosotros" se forma una cultura social en la que se puede fomentar el interés por la forma en que cada uno puede contribuir y beneficiarse mutuamente dentro de lo común que es la alegría por la curiosidad y el descubrimiento. Al esforzarnos por mantener esa cultura en la que nuestro tiempo y nuestra presencia se valoran abiertamente y se promueven de forma activa, todos nos beneficiamos de las cualidades de afirmación de la vida que se desprenden de ella, especialmente de los niños, que comparten su contagioso afán de aprender y su asombro por el mundo natural.

La vida en el jardín de infancia está llena de experiencias cotidianas que nos dan, como maestros, la oportunidad de detenernos, llenarnos de asombro y reflexionar. La presencia de los niños y la sensación de que la naturaleza actúa con suavidad, desde el más pequeño insecto hasta el más duro troll de piedra, contribuyen a realizar nuestro trabajo. Nos recuerdan que no se trata en absoluto de acontecimientos insignificantes, sino de maravillas que tienen lugar en los momentos más pequeños y ordinarios, que pueden experimentarse con un asombro tan grande como montañas. Como adulto, reverenciar la vida y



maravillarse con el niño en su mundo es realmente un arte, y compartir estos momentos como maestro es un regalo precioso.

Los niños de hoy son la esperanza del mañana

A medida que el entorno que rodea la creciente población de hoy y de mañana, sus niños y niñas, se vuelve cada vez más homogéneo y se gestiona jerárquicamente, se nos presenta un entorno que cada vez ofrece menos experiencias con propósito o ricas en sensaciones. Los vastos y hermosos entornos naturales, desde los bosques profundos hasta los páramos salvajes, ya no están tan presentes en la experiencia cotidiana de los niños, mientras que el entorno urbano, que se extiende rápidamente, se vuelve cada vez más complejo y a menudo difícil de asimilar. Lamentablemente, cada vez es más frecuente que un estilo de vida más sedentario se imponga como norma con el predominio gradual de la pantalla. Las áreas de juego prefabricadas, a menudo en parques cultivados, así como los espacios residenciales al aire libre compartidos, que se espera que se mantengan ordenados, simplemente no ofrecen la oportunidad de un lugar libre como lo hacen el suave arroyo ondulante, las rocas que invitan a trepar o un viejo árbol nudoso.

Las experiencias sensoriales reales para los niños son cada vez más escasas hoy en día. Y sólo por esta razón es cada vez más vital que, como maestros, demos prioridad a trabajar activamente para promover y preservar las más ricas experiencias naturales y sensoriales.

En nuestro jardín de infancia somos muy afortunados por tener la ventaja de estar en el campo y, por tanto, los niños están rodeados de oportunidades para encontrarse con los sentidos; para moverse

libremente, cavar, trepar, columpiarse, correr, gritar, cantar, tocar y saborear el mundo que les rodea. Así pueden experimentar también sus límites físicos, asumir los pequeños riesgos que conllevan estas actividades, caerse y arañarse, dentro de la seguridad del calor que proporciona el jardín de infancia y, lo que es más importante, el niño tendrá la oportunidad de experimentar la vida y el mundo a su propio ritmo.

Gracias a esta ética educativa, el niño llega a desarrollar la sensación de que el mundo que le rodea es un lugar seguro y emocionante en el que puede ser él mismo. Y una base sobre la que cultivar una sensación de seguridad más profunda que le dure toda la vida.

Una esperanza y un objetivo a largo plazo

El jardín de infancia puede funcionar, y de hecho lo hace, como complemento a las crecientes limitaciones de la sociedad. Gracias a nuestro empeño como educadores ofrecemos a los niños más experiencias sensoriales positivas que ofrece el entorno natural que les rodea. Demostrando reverencia, gratitud y nuestro amor por la tierra nos esforzamos por engendrar estos valores positivos en los niños. Con la oportunidad de conectar directamente con la naturaleza se espera que se establezcan las bases para que desarrollen una actitud más consciente y cuidadosa del medio ambiente a lo largo de la vida.

Con la empatía y la comprensión de que todo está conectado -incluidos nosotros mismos- en el mundo natural, estamos mejor preparados para asumir la responsabilidad del mundo en el que estamos.-

Sara De los Santos ha trabajado como maestra de jardín de infancia Waldorf durante veinticinco años. Ha sido tutora durante un par de años en República Dominicana, Santo Domingo y Río Limpio. Es la representante de los jardines de infancia Waldorf suecos en el Consejo de la Asociación Internacional para la Educación Infantil Waldorf de Steiner.

Julia Håkansson ha trabajado como maestra de jardín de infancia Waldorf durante seis años en Hardeberga, situada en el sur de Suecia.